

PALABRAS A LA PROFESORA ANA CRISTINA GÓMEZ

El equipo de *Forma y Función* lamenta profundamente la pérdida de la profesora Ana Cristina Gómez, quien formó parte de la comunidad universitaria como estudiante, profesora e integrante del equipo administrativo de la Universidad Nacional de Colombia. En su memoria, reproducimos las palabras de la profesora Constanza Moya Pardo y del profesor Rubén Darío Flórez con motivo de tan infortunado suceso.

Querida Cris:

Los que estuvimos cerca de ti por mucho tiempo y aprendimos a conocerte, a quererte, sabemos que nunca te gustaron los discursos ni te sentías cómoda al tener que hacerlos, por eso estas serán palabras breves. Breves por la ocasión y, especialmente, breves porque no serán interrumpidas por uno de tus comentarios mordaces o por una de tus contagiosas carcajadas que harán eco en los pasillos del viejo edificio Antonio Narino, cómplice de tus horas y horas de trabajo preparando clase, revisando ensayos o leyendo los miles de acuerdos y reglamentos que solías tener en tu escritorio, para entender cuál era la norma y respuesta justa a las dudas de los estudiantes.

Hace 24 años esta, tu amada universidad, te abrió las puertas para que formaras parte de ella, esta vez como docente, porque años atrás recorriste las aulas de Ciencias Humanas como estudiante de Idiomas. Llegaste al Departamento de Lingüística muy fortalecida después de haber hecho tus estudios de Maestría en Lingüística Española en nuestro entrañable Seminario Andrés Bello, donde hace cerca de 30 años Neyla, Luz Amparo y yo tuvimos la suerte de compartir contigo esta apuesta académica que a través de los días fue forjando lazos de amistad con cada una. Eso sí, a tu manera.

La fortuna quiso que después nos reencontráramos en la Universidad Nacional de Colombia, donde todos, profesores, colegas amigos, estudiantes, directivas, egresados y administrativos, conocimos tu auténtica manera de ser y de actuar: firme, transparente, irreverente, comprometida, en ocasiones dura, pero siempre justa.

Tu eterno compromiso y responsabilidad con la Universidad, con la Facultad de Ciencias Humanas y especialmente con los programas de Lingüística, Filología Clásica y Filología e Idiomas te hicieron pasar gratos momentos y, como me consta, momentos de ansiedad. Nadie como tú conocía el funcionamiento, el

detalle, la norma, la minucia, la excepción, el deber ser de nuestras carreras, que se sienten huérfanas sin tu presencia. Gracias por tu generosidad, por tu incansable compromiso, por las horas extras revisando informes para que quedaran perfectos, por el liderazgo que como coordinadora siempre asumiste para que los procesos académicos salieran adelante, entre ellos el de la acreditación del programa de Lingüística, cuyo documento final, como un presagio, me entregaste horas antes de que nos despidiéramos ese último viernes fatal que nos vimos. Ve a tu viaje con la satisfacción del deber cumplido.

¡Hoy estamos consternados y confundidos por tu apresurada partida! Nos acostumbraste a esperarte, a llegar unos minutos después, a interrumpir apresurada la reunión, porque para nadie es un secreto que no te gustaba madrugar, pero a esta cita llegaste más temprano que nunca. Te fuiste en silencio, en un instante. De verdad nos sorprendiste, aunque siempre fuiste radical en tus cosas: radical en la vida... radical en la muerte.

Nos consuela saber que la muerte no te alejará de nosotros para siempre... solo por esta vez nos tomaste la delantera.

¡Hasta siempre, compañera del alma!

Constanza Moya Pardo

Profesora asociada del Departamento de Lingüística
Universidad Nacional de Colombia

Moscú, noviembre 11 del 2013

Recordadas y recordados colegas

*Sabe Dios qué angustia te acompañó
Qué dolores viejos calló tu voz.
Para recostarte arrullada
en el canto de las caracolas marinas...*

He recibido con dolor la desconsoladora noticia del fallecimiento de mi querida colega y amiga, la profesora Ana Cristina. No me puedo reponer ni al desconcierto ni a la tristeza.

Durante muchos años, durante estas décadas del tiempo que soy profesor de mi entrañable Departamento, estuve en muchas ocasiones, en muchas circunstancias, en tantos eventos culturales, académicos, sociales, compartiendo con Ana Cristina:

Compartiendo una evaluación sobre el estado del español en una escuela del distrito, leyendo un concepto de la profesora sobre un artículo para *Forma y Función*, experimentando las vicisitudes de los cierres y, sobre todo, compartiendo el amor por nuestro oficio de profesores. O en una de las reuniones de fin de año cuando despedíamos el semestre. O leyendo las cartas de los estudiantes sobre sus cuitas domésticas y académicas.

Y Ana Cristina tenía el camino por donde salir y resolver sin formalismos, teniendo presente el reglamento y las normas vigentes. Y también hablábamos de los amores imposibles.

Fuimos profesores de español funcional. Obtuve comprensiones nuevas sobre este tema que sigue siendo tan necesario luego de escuchar a la profesora Ana Cristina.

Ana Cristina tenía siempre palabras exactas en la interlocución. Tengo el recuerdo de ella, como de una amiga y docente cuya vida giró alrededor de nuestra querida Universidad. Alegrías, pesares, zozobras, esperanzas, ideas que podían entusiasmar y hacer caer el ánimo, textos, textos, textos de los estudiantes; todo este universo de nuestra Nacho lo llevaba ella en su alma.

Ana Cristina conocía los intríngulis de la administración. Sabía decir no. Sabía ser prudente. Cuando había que ser firme era de una pieza. Tenía la frase que se ajustaba a la circunstancia. Y su actitud enhiesta y sutil de mujer, de intelectual, de maestra, de conocedora de las estructuras afectivas y profundas de la lengua es una esencia que llevo en mi recuerdo.

Voy a ver siempre su figura menuda, su mechón rebelde y juvenil sobre la frente amplia, su mochila arwaka en alguno de los dos corredores del Departamento de Lingüística. Voy a recordar las manillas de sus viajes por Colombia, que le rodeaban las muñecas finas.

Tejida con líneas paralelas, en el color ocre vegetal de la mochila que Ana Cristina llevaba al hombro, hay una imagen que nebulosamente me recuerda una espiral, o más bien una figura que nunca se deshace como un círculo mítico, ese misterio del signo es uno de sus gestos eternos con el que ella nos acompaña desde la eternidad que nunca muere.

Gracias por todo, inolvidable Cris.

Rubén Darío Flórez Arcila

Profesor asociado del Departamento de Lingüística
Universidad Nacional de Colombia